

En medio

Mónica Lavín*

Se sienta entre las dos. Al cabo de un rato se tiene que cambiar de lugar porque las dos fuman y el humo del cigarro la persigue entre sus conversaciones y los rostros se le enturbian y el olor del tabaco, ya hecho exhalación, no le agrada. Entonces las mira de frente y observa el placer que imprime a sus caras llevarse el cigarro a los labios y aspirar lenta y ávidamente el contenido de aquel cilindro blanco, lánguido y aparentemente inofensivo. Que no fumen, les dice a ambas. Y las dos contestan que ya saben que es malo, que lo dejarán, que el mes siguiente o al empezar el año. Pero el año ya empezó y las dos siguen sentadas con el filtro adherido a sus bocas, siempre buscando dónde comprar una cajetilla, dónde quedó el encendedor, si les traen un cenicero. Es extraño que su madre y su hija sean tan diferentes y que en el acto de fumar sean tan iguales. Se buscan y se hacen cómplices de sobremesa porque nadie mejor que ellas entiende ese cigarro con el café que se prolonga. Ella las mira y se preocupa por cada una: la madre que debe ir al doctor a hacerse revisiones, la madre que no tiene dinero, la madre que está sola y sopea las horas en su casa vacía y es preciso sacudírselas y llenarlas de ruido y no del propio y lejano rumor del despropósito que la habita y la debilita. Y luego mira a la muchacha que cada día ama- nece con un sueño diferente para su vida, que cada noche se duerme ideando el siguiente fin de semana, que agita todas las tardes con su música y lanza descabellados propósitos de irse a vivir a la playa con un perro, de divagar en

la nada, fumando. Ella la imagina fumando en el atardecer infinito del Pacífico y le desea la dicha de la placidez pero el encuentro de un vagón para depositar las dudas y las certezas. Su hija, que es una adolescente, también necesita dinero para sus sueños y necesita afecto para zarpar segura y necesita tiempo para que alguien escuche sus locuras, se ría con ella, se irrite con ella. La madre y la hija que fuman al hilo un collar de cigarros le piden tiempo: ojos, oídos, boca. Cómo se va pareciendo a su madre en sus comentarios y cómo se recuerda joven en los atrevimientos de la hija. A veces, al lado de cada una o con las dos juntas, quisiera aferrarse a esa cajetilla que parece proveer cálido consuelo y contarles que está hasta el copete de todo. De absolutamente todo. Mentira, no quiere eso. Quiere desaparecer, evaporarse y llenarse de otras cosas, descolocarse y que se derrumben los que tengan que derrumbarse. Pero necesita aligerarse, flotar un poco. Fingir que la felicidad de la madre y de la hija no dependen de ella, o desterrar esa falsa misión, esa condena de pilar, de columna que sostiene a los de arriba y permite trepar a los que vienen. Se mira las manos que no ha cuidado en un buen rato y compara las pieles de las tres: la

tersa de su hija, la ajada de su madre y la suya, seca y olvidada. Le gustaría no tener que asustarles la tristeza, no tener que hablar con optimismo ni escogerles la alegría para cada día. Le gustaría ser capaz de abandonarlas al sueño del cual les cuesta tanto salir en las mañanas, dejarlas en sus laberintos y no tener que trazarles bitácoras cotidianas. La verdad, a veces le gustaría llorar y que le pasaran un brazo encima. Fumar con ellas, no. Le gustaría ser humo, humo desechable y volátil, y salir por la ventana y reírse en otro lado, muy lejos de su destino, muy lejos de su procedencia. ☹



* Escritora. Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen en 1996